

obstinaba en herir al animal; Donebaldo marchaba casi al lado y á lo lejos seguían los demás caballeros.

Culeno y Donebaldo llegan á la cima de una agradable colina á cuya falda serpenteaba un manso río: en aquel momento atravesaba el ciervo la corriente sobre el sepulcro del infortunado Dufo.

Repentinamente Donebaldo detiene azorado su caballo al avistar el río: de entre las tranquilas y melancólicas ondas vió alzarse una negra sombra revestida de reales insignias, que con voz sepulcral y blandiendo el puñal sangriento, gritó, ¡Asesino, asesino!

¡Sí, yo soy, exclamó Donebaldo, yo soy quien por satisfacer un loco deseo de venganza di la muerte á mi rey; ahí está su tumba.

Todos los caballeros rodearon al asesino, quien fuera de sí, gritaba, Dios es justo, y nada puede haber oculto á sus ojos.

¿Fueron los remordimientos de Donebaldo los que le presentaron una ilusión, ó fué la divina Providencia quien levantó aquella sombra?.....

Lo cierto es, que al día siguiente el poderoso y criminal Donebaldo espíó en un cadalso su inicua traición, espirando contrito, mientras que la condesa escualaba con cobardía su último suspiro en el mismo patíbulo.

ODA.

Canto á las feas, pues que el plectro mio,  
Débil, cansado, torpe y macilento,  
Pulsar no puede con sonoro acento,  
La lira del amor, ni á mi albedrio,  
La ronca voz que exala el pecho frio  
Modular le es posible,  
Cuando á esfuerzo penible  
Debe hacerse sensible,  
El bronco son á que este cantar fio.

En otro tiempo sí, que á la belleza  
Dulces estrofas entonara ufano  
Y de Citerea el fuego soberano  
Hinchó mis venas de viril riqueza,  
Pero hoy que quebrantada la entereza  
De adolescente estado,  
Tan solo del pasado  
La afición ha quedado,  
¿Á quien ofreceré tanta pobreza?

Á vosotras, á quienes la natura,  
Por descuido fatal ó por acaso,  
Físicos dones ofreció de paso,  
Prodigando en desquite donosura:  
Á vosotras, á quienes sin cordura  
La juventud liviana  
Desdeña cortesana,  
Por esa ilusión vana,  
Engañosa y fugaz de la hermosura.

Cántenle pues, los que en su pos se agiten,  
Orlen sus sienas de jazmin y rosas,  
O cual fátuas volubles mariposas,  
Á su fosfórea luz se precipiten  
Y sus pasiones con furor irriten,  
Pero yo ya cansado,  
De amores descuidado  
Y bien escarmentado,  
No encuentro, no, deidades que me esciten.

Por eso, por lo otro y por aquello  
Y por otras mil cosas que me callo,  
Quiero hacer en las feas escandallo,  
Brillando con mis restos de destello:  
Y si agradable acaso fuese ello,  
Ó si tal vez propicias,  
No me niegan caricias,  
Encontrarán delicias

Á la impresion de mi flexible sello.  
Feas os dice aquel, que deslumbrado  
Por luminosas ráfagas veloces,  
Sigue la senda en que sus torpes goces  
Vestigios dejan de su mal estado.  
Feas os dice aquel, que enamorado  
De apariencia engañosa,  
No repara otra cosa,  
Que la faz colorosa  
Y el nítido cabello perfumado.

Feas os dice:::mas porque me canso?

Quien no conoce el mérito envidiable  
De un corazon sencillo y amigable  
Ni de un carácter bondadoso y manso,  
Ni de recelos el feliz descanso,  
Ni de trato esmerado,  
Ni de ingenio aguzado,  
Ni de amor acendrado,  
Que en vosotras encuentra su remanso.

¡Sí, feas, sí: y pues que plugo al cielo  
En lugar de accidentes terrenales,  
Dotaros de virtudes celestiales,  
Aceptad mi homenaje y mi desvelo,  
Concediendo á mis cuitas el consuelo  
De amistad cariñosa,  
Si no que ya otra cosa  
Mas dulce y deliciosa,  
Que satisfaga mi constante anhelo.

B. S. de S.

D. PEDRO DE PORTUGAL EL JUSTICIERO.

CAPITULO IV.

—Sí, Inés. Nadie puede figurarse hasta que punto la razon de estado nos encadena: es preciso sacrificar las mas caras afeciones del corazon para complacer á un millar de ambiciosos que solo codician el logro de sus intereses particulares. Dos veces han dispuesto de mi corazon y ¡vive Dios! no han de repetirlo.

—¿Será posible?

—Inés, nada debo ocultaros. Yo que en el campo de batalla he mirado con frente serena la muerte, yo, ante ese tegido infame de intrigas palaciegas tiemblo, D.<sup>a</sup> Inés. Preciso es que sepais hasta los mas recónditos secretos de mi corazon, continuó estrechando la preciosa mano de su adorada. Sí, bien mio, tiemblo, pero es por que si perdiera vuestro amor, todo en el mundo habria concluído para mí. He probado, por mi desgracia, la miserable vida del que ligado violentamente á una muger, no tiene un beso en su boca ni un latido en su corazon con que corresponderla....

—¿Y qué quereis decir con esto,? le replicó turbada.

—Que no quiero por mas tiempo ser víctima de tan horrible servidumbre. Estos astutos cortesanos todo lo intentarán, y aunque tengo un corazon demodado que oponer á sus intrigas, nunca las precauciones están denas. Por eso, bien mio, quisiera que un lazo misterioso é indisoluble nos uniera, quitando de este modo hasta la mas remota posibilidad de perverte.

—¿Qué peligros, pues, nos amenazan? replica aun mas turbada Inés.

—Escuchad... Mis amigos, aunque buenos y leales son pocos, mientras que toda la nobleza se nos ha declarado en contra. Contando con los primeros y con vuestro inefable amor, pudiéramos enlazarlos secretamente.

—Y no habeis contado con él en vano: dijo Inés con resolucion. La que hasta aquí amándoos ha arrostrado las invectivas de la corte, no temerá por cierto se la tache de miserable ambicioso....

—¿Sabeis, D.<sup>a</sup> Inés, las consecuencias que pudiera tener el descubrimiento prematuro de semejante secreto? por que nada quiero ocultaros. Nuestros enemigos son implacables y fieros.

—¿Vos ignorais, D. Pedro, que no hay peligros ni imposibles para la muger que ama?....

—Sin embargo. No hemos de tentar temerariamente á la suerte. Yo sé hasta que punto puede comprometernos semejante paso; quisiera, pues, para mayor seguridad vuestra, os trasladáseis al monasterio de Sta. Clara de Coimbra, donde os hallaríais, totalmente segura.

—Vuestros mas insignificantes deseos son para mi, mandatos, replicó Inés, resignada. Pero habeis echado en olvido el consentimiento de mi padre: conoceis su carácter duro, orgulloso; nada os diré de las dificultades que opondrá.

—Mañana me prometo quedará favorablemente concluído este asunto. Vuestro padre, aunque orgulloso, tiene demasiado talento y quiere bastante á su hija para no hacerse cargo de las circunstancias.

—La que mas de todo me contrista, dijo Inés es nuestra separacion.

—Será bien corta, y Fortun cuidará de que no sufra interrupcion nuestra correspondencia....